

Diócesis de Barbastro-Monzón

*«Envío Dios a su Hijo, nacido de mujer,  
para rescatar a los que se hallaban  
bajo la ley»  
(Gal 4, 4-5)*

*La familia de Nazaret,  
donde Jesús cultivó su vocación  
«Su padre y su madre estaban admirados  
de lo que se decía de él» (Lc 2, 33)*

2

Segunda Semana de Cuaresma

## Comenzamos orando

---

*Con el Cántico de la carta a los Colosenses, damos gracias por haber sido llamados a compartir la vocación del Hijo de Dios.*

Damos gracias a Dios Padre,  
que nos ha hecho capaces de compartir  
la herencia del pueblo santo en la luz.  
Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas,  
y nos ha trasladado al reino de su Hijo querido,  
por cuya sangre hemos recibido la redención,  
el perdón de los pecados.  
Él es imagen de Dios invisible,  
primogénito de toda criatura;  
porque por medio de él  
fueron creadas todas las cosas:  
celestes y terrestres, visibles e invisibles,  
Tronos, Dominaciones, Principados, Potestades;  
todo fue creado por él y para él.  
Él es anterior a todo, y todo se mantiene en él.  
Él es también la cabeza del cuerpo: de la Iglesia.  
Él es el principio, el primogénito de entre los muertos,  
y así es el primero en todo.  
Porque en él quiso Dios que residiera toda la plenitud.  
Y por él quiso reconciliar consigo todos los seres:  
los del cielo y los de la tierra,  
haciendo la paz por la sangre de su cruz.  
Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...  
*(Col 1, 12-20)*

## ¿Qué será de este hijo?

---

Cuando José y María su esposa, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarle al Señor, tal como prescribía la Ley de Moisés, ocurrió algo memorable para aquella familia. Habían llegado llevando en sus manos la ofrenda de los pobres (un par de tórtolas o dos pichones), porque eran una familia pobre; pero allí estaba un hombre justo y piadoso, Simeón, que esperaba ver cumplida la promesa que Dios le había hecho: que vería al Cristo del Señor antes de morir. Y este buen hombre, sin reparar en la insignificancia de aquella familia, sintió la evidencia de que allí estaba el que Dios había elegido. Así que tomó al niño en sus brazos y se puso a bendecir al Señor con una oración imposible de olvidar:

«Ahora, Señor, según tu promesa,  
puedes dejar a tu siervo irse en paz.  
Porque mis ojos han visto a tu Salvador,  
a quien has presentado ante todos los pueblos:  
luz para alumbrar a las naciones  
y gloria de tu pueblo Israel.»

A todos los padres les encanta que hablen bien de sus hijos; pero lo de Simeón no entraba en los cálculos de José y María. Una mezcla de admiración, preocupación y no poco de sobresalto agitó sus corazones cuando oyeron que el anciano decía a la madre: «Éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción, ¡y a ti misma una espada te atravesará el alma!».

Entonces, no pudieron menos de pensar: ¿qué será de este hijo? Se anunciaba para él un futuro glorioso, pero también incierto. El anciano lo identificaba como luz de los pueblos y gloria de Israel, pero no ocultaba dificultades y sufrimientos. No era un anuncio demasiado tranquilizador.

Sin embargo, aquellos padres no se pusieron en guardia. Es normal que las familias quieran lo mejor para sus hijos y muchas tratan de diseñar y orientar su futuro casi desde la cuna. José y María, en cambio, hicieron algo admirable y no frecuente: abrieron su corazón ante Dios pidiéndole que les mostrase cuál era la vocación que tenía prevista para aquel hijo de la promesa y de las entrañas de María. Eso significan unas breves palabras que el evangelista San Lucas pone al final de estos acontecimientos: *su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón*. Toda una lección para nuestras familias.

### *Para cada uno tiene Dios una vocación*

---

Vivimos tiempos poco sensibles para acoger la vocación que otro nos hace, aunque ese Otro sea Dios. Es la nuestra una época en la que cada uno ha de hacerse a sí mismo como mejor le parezca. La cumbre de la personalidad se pone en alcanzar una profesión que proporcione mucho dinero y el mayor nivel de autonomía. No se piensa que haya felicidad si uno no puede hacer lo que le dé la gana. En estas circunstancias, seguir la vocación que otro nos marca no resulta atractivo; seguir la vocación es para algunos signo de poca personalidad; creen que así no serán felices. De tanto insistir en lo propio, en lo que nos diferencia, en lo que uno es, hemos perdido las raíces que a todos nos unen en un proyecto común y, sobre todo, hemos dejado de poner nuestras capacidades personales al servicio de la comunidad, prefiriendo conseguir con ellas la mayor utilidad personal posible.

Sin embargo, la fe cristiana sigue hablando de *vocación* (es decir, de llamada) y de *seguimiento* de Dios como actitudes básicas del creyente. Los cristianos partimos de la convicción de que no estamos solos, ni somos tan autónomos que el sentido de nuestra vida sólo dependa de nosotros mismos. Ésta es la gran aportación que podemos hacer al mundo en el que vivimos: recordar que somos criaturas, nada más y nada menos que criaturas; sentir que Otro, que tiene cálidas manos de padre y madre, nos ha soñado y nos ha señalado una tarea, un servicio, un lugar en la vida junto a otros. Es la vocación, que tanto puede ser vocación a la vida familiar, como al servicio sacerdotal o religioso; vocación para impulsar el desarrollo del mundo por medio de un trabajo o una profesión vividos con responsabilidad, como llamada a dedicarse al servicio espiritual y corporal de los hermanos bajo el signo de la total gratuidad.

A descubrir la vida como vocación se aprende, sobre todo, en el hogar familiar. Allí es donde uno empieza a escuchar esa llamada y encuentra el apoyo necesario para seguirla. En la familia de Nazaret es donde Jesús, primero niño y después adolescente, aprendió a discernir la tarea que el Padre le había encomendado al enviarlo a este mundo revestido de nuestra carne y de nuestros sentimientos. Cuando le concibió en su seno, su madre había tenido una actitud de admirable disponibilidad ante los deseos de Dios. Su respuesta fue ejemplar: «Aquí está la esclava del Señor,

cumplase en mí lo que has dicho». En esa radical obediencia a los deseos de Dios encontró la felicidad y su más honda realización; millones de hombres y mujeres desde entonces la hemos llamado feliz: «¡dichosa tú que has creído!, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá». ¿Cómo no iba a ayudar a su hijo, ayudada por José su esposo, hombre justo y cabal, a discernir la peculiar vocación a la que el Padre le llamaba?

Es éste un buen momento para pedir la ayuda y la fortaleza necesarias para descubrir y seguir la vocación que Dios hace a todos y cada uno de nosotros:

A través de las tinieblas que me rodean  
condúceme Tú, siempre más adelante.

La noche es oscura  
y estoy lejos del hogar.  
Condúceme Tú, siempre más adelante.

Guía mis pasos: no puedo ver ya  
lo que se dice ver allá abajo:  
un solo paso cada vez  
es bastante para mí.

Yo no he sido siempre así,  
ni tampoco he rezado siempre  
para que Tú me condujeras.

Deseaba escoger y ver mi camino,  
pero ahora, condúceme Tú,  
siempre más adelante.

Ansiaba los días de gloria,  
Y, a pesar de los temores,  
el orgullo dirigía mi querer.  
¡Oh, no te acuerdes de esos años que pasaron ya!

Tu poder me ha bendecido  
tan largamente, que aún sabrá  
conducirme siempre  
más adelante por el llano y los pantanos,  
sobre la roca abrupta y el bramar del torrente,  
hasta que la noche haya pasado  
y me sonrían en la mañana esas caras de ángeles  
que había amado hace tanto tiempo  
y que durante una época perdí.

¡Condúceme, dulce luz!

¡Condúceme Tú, siempre más adelante!

(Cardenal Newman)

### Impulsar la «cultura vocacional» es cosa de todos

Ya se ha dicho, pero conviene repetirlo para que se entienda bien. Cuando se habla de *vocación* hablamos de vivir toda la vida como una vocación, es decir como *llamada de Dios*. El hecho de vivir es un regalo, que agradecemos cuando lo ponemos al servicio de lo que Dios quiere. Y Dios quiere que haya buenos profesionales, buenos padres y madres de familia, buenos sacerdotes y buenos religiosos y religiosas.

Desgraciadamente, en nuestras familias y en nuestros pueblos, hemos ido silenciando la posibilidad de que Dios llame a alguno de nuestros hijos para la consagración sacerdotal o religiosa. Tal vez a algunos padres les ha parecido que no era un futuro prometedor para sus hijos.

---

... donde Jesús cultivó su vocación

---

Además, hemos olvidado que también la vida y la profesión son «vocación», y que el Señor nos pide que las pongamos al servicio de los demás. Así es como poco a poco se ha perdido una «cultura vocacional» que ayudaba a ver toda la vida como una llamada.

Es urgente que entre todos impulsemos esa «cultura vocacional». Sería una verdadera bendición para nuestra sociedad. Porque, ¿de dónde han salido los misioneros, los voluntarios, los grandes servidores de la humanidad, sino de esa convicción que lleva a vivir la vida como un regalo y una llamada? Ésta es una convicción que debe ser cultivada en la familia; pero también es necesario crear un clima propicio para que la semilla vocacional germine, y eso depende de toda la parroquia, de todas las comunidades y grupos cristianos. Un gran fruto de esta Cuaresma sería aprender a vivir nuestra vida diaria, lo que somos y hacemos, como respuesta a la vocación, a la llamada, que Dios nos ha hecho: primero a vivir, luego a ser cristianos y, por fin, a seguir un camino en la vida. Si vivimos de esta manera, contribuiremos a crear ese clima propicio para que los que vienen detrás de nosotros perciban la alegría que hay al entregarse a una vocación noble... y lo intenten.

Dos mujeres excepcionales —Teresa de Calcuta y Teresa de Jesús— nos ayudan esta semana, a través de su propia oración, a descubrir la «cultura vocacional» que ha de animar nuestra vida:

Para mí la vocación es pertenecer a Jesús.  
Es una convicción firme que nada me separará  
del amor de Cristo.  
Él es la Vida que yo quiero.  
Él es la Luz que quiero reflejar.

---

... donde Jesús cultivó su vocación

---

Él es el Camino hacia el Padre.  
Él es el Amor que quiero amar.  
Él es la Alegría que quiero compartir.  
Él es la Paz que quiero sembrar en derredor mío.  
Jesús lo es todo para mí.  
Sin Él, no puedo hacer nada.  
Él dijo: «A mí me lo hicisteis...»  
Tuve hambre, estaba desnudo, sin hogar...»  
El hombre abandonado por la calle,  
el hombre a quien recogimos de las calles de Calcuta,  
era Jesús disfrazado bajo sus semblanzas.  
El Jesús que tiene hambre.  
El hombre que al ser llevado con cariño  
a la Casa del Moribundo,  
medio comido por los gusanos, murmuró:  
«He vivido como un animal por las calles,  
pero voy a morir amado y rodeado de cuidados».  
Y así murió, y regresó a su hogar, cerca de Dios:  
ése era Jesús bajo el disfraz del pobre.  
Cuando alguien muere,  
esa persona vuelve a casa junto a Dios.  
Allí es adonde todos nosotros tenemos que ir.  
La muerte es algo hermoso: es ir a casa.  
El que muere, vuelve a casa, aunque, naturalmente,  
a nosotros nos quede el vacío,  
la soledad de la persona que se ha ido.  
Pero es algo muy hermoso:  
una persona ha vuelto a casa junto a Dios.  
Señor Jesús, haznos comprender  
que llegamos a la plenitud de vida

al morir incesantemente a nosotros mismos  
y a nuestros deseos egoístas.  
Pues es únicamente al morir contigo  
cuando podemos resucitar contigo.

*(Beata Teresa de Calcuta)*

Vuestra soy, para vos nació:  
¿Qué mandáis hacer de mí?  
Soberana Majestad,  
eterna Sabiduría,  
Bondad buena al alma mía;  
Dios, Alteza, un Ser, Bondad:  
La gran vileza mirad,  
que hoy os canta amor así:  
¿Qué mandáis hacer de mí?  
Vuestra soy, pues me criasteis;  
vuestra, pues me redimisteis;  
vuestra, pues que me sufristeis;  
vuestra, pues que me llamasteis;  
vuestra, porque me esperasteis;  
vuestra, pues no me perdí;  
¿Qué mandáis hacer de mí?  
Veis aquí mi corazón,  
yo le pongo en vuestra palma:  
mi cuerpo, mi vida y alma,  
mis entrañas y afición.  
Dulce Esposo y Redención,  
pues por vuestra me ofrecí:  
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme muerte, dadme vida,  
dad salud o enfermedad,  
honra o deshonra me dad,  
dadme guerra o paz crecida,  
flaqueza o fuerza cumplida,  
que a todo digo que sí:  
¿Qué queréis hacer de mí?  
Dadme riqueza o pobreza,  
dad consuelo o desconsuelo,  
dadme alegría o tristeza,  
dadme infierno o dadme cielo,  
vida dulce, sol sin velo,  
pues del tomo me rendí:  
¿Qué mandáis hacer de mí?  
Si queréis que esté holgando,  
quiero por amor holgar;  
si me mandáis trabajar,  
morir quiero trabajando:  
decid dónde, cómo y cuándo,  
decid, dulce Amor, decid:  
¿Qué mandáis hacer de mí?

*(Santa Teresa de Jesús)*

## *Guía para orar durante la Cuaresma*

### *Para la segunda semana de Cuaresma*

*Del 8 al 14 de marzo*

#### *Despertar la vocación desde la familia*

«Los esposos cristianos son mutuamente para sí, para sus hijos y demás familiares, cooperadores de la gracia y testigos de la fe. Ellos son para sus hijos los primeros predicadores de la fe y los primeros educadores, los forman con su palabra y con su ejemplo para la vida cristiana y apostólica, los ayudan con mucha prudencia en la elección de su vocación y cultivan con todo esmero la vocación sagrada que quizá han descubierto en ellos».

*(Concilio Vaticano II, Decreto sobre el apostolado de los laicos, 11)*

«En esta como Iglesia doméstica, los padres han de ser para sus hijos los primeros predicadores de la fe, tanto con su palabra como con su ejemplo, y han de fomentar la vocación propia de cada uno, y con especial cuidado la vocación a la vida sagrada».

*(Concilio Vaticano II, Constitución sobre la Iglesia, 11)*

#### *Leer la Palabra de Dios*

Siguiendo con el Evangelio según san Juan, leer los *capítulos 4 y 5*. En ellos se percibe cómo Jesús se acerca a algunas personas y suscita en ellas la vocación misionera, la de dar testimonio de lo que en Él han descubierto.

#### *Palabras para orar*

Tú hoy vuelves a decirme: «*Sígueme*».

Me llamas a mí, personalmente,

---

... donde Jesús cultivó su vocación

---

junto a otros muchos hermanos  
que formamos tu Iglesia.

Yo me levanto, quiero dejarlo todo  
y seguirte una vez más.

Pero, a veces, tengo dudas y miedos  
y soy un discípulo frágil e inconstante.

Por eso necesito, Señor, juntarme con otros hermanos,  
hablar de ti y de tus cosas,  
fortalecer mi fe y mis opciones,  
celebrando juntos los sacramentos  
y la fiesta de la vida.

Has venido a sanar nuestras enfermedades,  
a curarnos de toda mediocridad y torpeza,  
a invitarnos a amar hasta el extremo  
y a vivir la vida como tú y junto a ti.  
Gracias, Señor, aquí me tienes, aquí nos tienes.

Enséñame, Señor, tu camino,  
para que siga tu verdad.

Inclina tu oído, Señor, escúchame,  
que soy un pobre desamparado;  
protege mi vida, que soy un fiel tuyo;  
salva a tu siervo, que confía en ti.

Porque tú, Señor, eres bueno y clemente,  
rico en misericordia  
con los que te invocan.  
Señor, escucha mi oración.

*Del salmo 85*